Arbitrariedad

y

DESPOTISMO DEL CLERO.

La maldad por dó quier iba en triunfo,
La fé, el pudor y la verdad huyeron;
Y el fraude, y la violencia, y la injusticia
Y la infame traicion les sucedieron:
Y la rapiña de oro no saciada
Se vió entonces tambien entronizada.

Met. Ovid. lib. I.

ARBITRARIEDAD

Y

DESPOTISMO DEL CLERO,

Ó SEA

RELACION HISTÓRICA

DE SU ORÍGEN Y ENGRANDECIMIENTO; Y DE LOS FUNESTOS RESULTADOS QUE EN TODOS TIEMPOS HA CAUSADO Á LAS NACIONES

su influencia en el Gobierno:

CON UNA RESEÑA DEL CLERO DE NUESTROS DIAS.

El que escribe siembra;
El que lee, recoge.

PARIS.

1855.

R. 42. 795

A MIS AMIGOS PATRIOTAS.

La rapidez que se notará en alguna parte de mi compendio, ó relacion, y el consiguiente desaliño del estilo, piden indulgencia, por ser parto de un jóven cuya vez primera tengo el honor de escribir al público; y los pocos dias que abraza mi historia, encierra un largo docurso de años en cosas estraordinarias y horrorosas que exigian tiempo y reposo para presentarlas bien. Pero por correr riezgo la Patria y las libertades públicas que deben ser el blanco de nuestras miras, y por interesar muchísimo á tan sagrada causa una pronta y general cooperacion de todos los que previendo la desgraciada suerte que nos cupiera, ansian vivísimamente sacudir el yugo del absolutismo clerical; no he

todido escribir con sosiego, y solo he pràtado de presentar de cualquier modo al público el cuadro funesto de horrores y calamidades que en todo tiempo han padecido las naciones bajo el poder arbitrario del clero. Por lo que espero será recibido de mis amigos patriotas, con aceptacion é indulgencia, disimulándome los raptos de ecsaltacion ó desespero que quizás en él notaren.

Cuando Cristo corria (*) por la tierra, y hablaba á los hombres, dijo á san Pedro: *tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Æclesiam meam*: Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. De lo que se desprende clara y consecutivamente que entonces fué cuando Cristo instituyó la religion cristiana. Sin embargo no fué san Pedro el que acaudilló los primeros cristianos; aunque se ignoran absolutamente los nombres de los pastores que gobernaron en Roma, en medio de la oscuridad, el casi desconocido y miserable rebaño de los cristianos. Los que sostienen que san Pedro fué el primer obispo de Roma, sin

(*) Digo corria, porque yo nunca lo he visto.

duda no han leido otra cosa que las obras de Santa Teresa y de la Madre Agreda; pues si hubieran leido la primera epistola de San Pablo á los Corintios, habrian visto que en la primitiva Iglesia no habia habido, ni se habian conocido dignidades eclesiásticas. Es pues de notar que antes del obispado de San Pedro en Roma, existia ya una secta aunque muy reducida de cristianos.

Se estendió esta insensiblemente, si bien que casi desconocida y despreciada. Predicaba alguno de ellos el menosprecio de las riquezas, lo que lisonjeaba á los que no tenian nada, dejándoles entrever la posibilidad de una ley agraria por repartirse entre ellos las propiedades de los ricos; y como la canalla no tiene nada que perder, y si mucho que ganar en las revueltas y conmociones, nunca deja de suscitarlas, cuando no se tiene cuidado de reprimirla. Pues como viniera este caso, sucedió que los emperadores hicieron algunos ejemplares de castigo con

algunos cristianos sediciosos y turbulen-
bulentos, (*) y la secta empezó á gritar inmediatamente contra la opresion: esta gente se reune, se alienta, se inflaman sus cabezas, el entusiasmo hace prosélitos nuevos, la secta se aumenta; llega á hacerse temible al gobierno; y es necesario, ó que domine ó que quede estirpada: sucedió lo primero, y triunfó la canalla cristiana.

Los que llevaban el timon entre los cristianos conocieron las ventajas que podian sacar de las divisiones que agitaban el imperio. Los que hasta entonces habian aborrecido la guerra hicieron profesion de ella porque no hay principio ni dogma alguno que no esté subordinado al interés. Tuvieron los cristianos la política de ofrecerse á Constancio Chloro; combatieron en favor de su hijo Constantino; vencieron á su enemigo y competidor en el trono, y cambiaron la religion del emperador.

(*) Estos eran pobres y despreciados.

Hete á Constantino Emperador á despecho de los Romanos; hete á Constantino cristiano, persiguiendo de muerte á todos los que no seguian la religion nueva. Licinio, su cuñado fué asesinado por él; Licinio, su sobrino fué muerto á la edad de doce años; Maximiáno fué degollado en Marcella; su hijo Crispo fué muerto despues de haber servido mucho y ganado batallas; su muger Fausta fué ahogada en un baño; pero lo mas indecente fué, que todos estos asesinatos no pudieron impedir que los cristianos lo aclamansen santo, lo que prueba bien que todos ellos no eran menos que él. Todos estos herrores aumentaron contra Constantino el odio de los Romanos y tal vez el deseo de sustraherse á la ecsecracion pública fué lo que le determinó á trasladar la Capital al imperio de Byzancio; traslacion á que debieron los Papas su engrandecimiento.

El Patriarca siguió la corte Imperial en Byzancio. El Obispo de Roma echaba

quizás los cimientos del estupendo y ridiculo poder de que se revistieron sus sucesores, cuando no tenia la menor supremacia sobre los demas Obispos, ni el menor crédito dentro de Roma. Cuando Alavico puso sitio en esta ciudad en 408, el Papa Inocencio I no tenia bastante poder para atreverse á impedir que se hiciesen sacrificios á los Dioses del Capitolio, á fin de obtener su auxilio contra los Godos. Es decir que en toda la Italia era Jupiter mas fuerte que el Dios Jesus.

Pero ya en 452, cuando vino Atila á devastar estas hermosas comarcas, el Emperador envió el Papa Leon I y dos personages consulares á negociar con Atila; lo que prueba que los Papas ya empezaban entonces á ser personages.

Estaban sin embargo muy lejos del esplendor con que brillaban el Clero del Oriente. Se puede juzgar de esta diferencia por la conducta que tenia casi en este tiempo un tal Leoncio, Obispo de Trípoli. Como debiese su promocion en aquel Obis-

pado á la Emperatriz Eusebia, esta deseó verle, y el santo le envió á decir que no iria á visitarla á menos que no lo recibiese de un modo conforme á su carácter episcopal: que no recibiese su bendicion inclinando el cuerpo y bajando la cabeza, y que no se mantuviese despues en pie hasta que él mandase sentarse. ¡Que imprudencia! ¡Que orgullo! ¡Que vanidad! Es preciso tener muchas pesetas para tener tanto orgullo, y tratar asi á su bienechora; y ser ademas muy poderoso para tratar con tan insolente groseria y descaro nada menos que á su soberana; y cuando asi hubiera sido de tener él riquezas y conveniencias las que sin duda no le faltaban en virtud del puesto que ocupaba, no debia ser tan altivo é insolente, porque las riquezas no deben hacer á los hombres altaneros é insultantes, sino modestos é imparciales.

Poco tiempo despues Inocencio III tuvo la gran fatuidad de decir que el Obispo de Roma es el soberano Señor del Uni-

verso; y que los príncipes, los magistrados, y los Obispos no tienen mas autoridad en la Iglesia ó en él Estado que aquella que el se sirve dispensarles.

Despues de la particion del mundo conocido en dos imperios, los Papas respetaron y guardaron grandes consideraciones á los emperadores de Occidente, porque estos prelados no se tenian todavia por bastante fuertes para ser desvergonzados. Hasta entonces recibian la dignidad episcopal del emperador, estaban sujetos á él; y el Emperador los protegia entre sus enemigos que no les faltaban.

Pepino les dio algunas tierras del enjarcado de Ravenna; Carlo-Magno les habia dado la Sicilia, Córsega, y la Cerdeña. No habia otra nulidad en estas donaciones, sino que nada le pertenecia á Carlo-Magno. Pero los Papas tomaban siempre lo que se les daba, apoyados en un dicho que habia dirigido Jesus á los Apóstoles: *tomad lo que os dieren.*

Es cierto que el tal dicho no quiere

decir que tomen cosas robadas, pero tampoco quiere decir lo contrario: asi es que los Papas y sus compinches han podido tomar cualquier cosa con seguridad de conciencia haya ó no haya sido robada; lo que en el primer caso tampoco lo habrian despreciado.

Comiendo viene el apetito. Adriano I hizo valer una donacion de Constantino, por la que regalaba á la Iglesia de Roma una porcion de la Italia: y lo que prueba incontestablemente la autenticidad de este documento, es que se prohibió el dudar de él bajo la pena de ser declarado hereje el que dudase; declaracion que se deja ver á donde iba á parar.

Los sucesores de Adriano se ocupaban constantemente del cuidado de estender el patrimonio de San Pedro, que no poseyó en propiedad mas que una red; y sin duda por esta razon y en virtud de estas redes han pretendido despues los Papas el derecho de pescarlo todo, hasta el imperio de los mares.

El emperador Enrique III dió á la Iglesia, Benavento, que le pertenecia tanto como la Sicilia á Carlo-magno. El Duque reinante era mas débil, y el Papa que tenia siempre presente al espíritu aquello de *tomad lo que os dieren* se apoderó de Benavento.

La desgraciada Juana de Nápoles se vió obligada á vender á la Iglesia el condado de Aviñon. La Iglesia compró, pero no pagó en virtud del dicho de Pablo: *¿no tenemos el derecho de vivir á costa vuestra?*

Gregorio VII heredó á la Princesa Matilde, su buena amiga, en virtud de un testamento por el cual lo dejaba todo á la Iglesia, para la salvacion de su alma y la de sus parientes ya difuntos. Es muy gracioso que Matilde despojase á sus parientes vivos por el bien de sus parientes difuntos.

Alejandro VI enriqueció considerablemente á la Santa Sede. Bolonia, Rimini, Faenza, Perusa, Ostia, Forli y Urbino,

fueron escamotados á sus dueños propietarios, por medios estraordinarios ciertamente, como lo son la perfidia, el envenenamiento, y el asesinato que no estan prescritos en el Evangelio; pero tambien es cierto que el Evangelio no prohibe nada de esto al Papa, y de consiguiente está en los derechos del hombre todo aquello que la ley no le prohibe. Aunque este Alejandro VI para componerlo todo concedia indulgencia *in articulo mortis* á todos los que despachaba al otro mundo.

No se contentaron aun con tantas propiedades territoriales; pues como estas, (decian ellos) dependen de mil casos fortuitos que la prudencia humana no puede prever ni evitar, es bueno agregar al producto de las tierras que puede llegarse á perder por algun acontecimiento, una renta á parte, y que sea segura: y esto fué cabalmente lo que los papas hicieron. Tomaron pues y pillaron á diestra y siniestra, pero siempre consultando los autores sagrados y aun los profanos.

Hallaron en aquellos que los sacerdotes egipcios habian vivido siempre ecsentos de toda carga pública. Difilcultoso era valerse del ejemplo de los primeros paganos en favor de los del verdadero Dios; pero hallaron que Moyses que era de Egipto, habia adoptado el uso cómodo de los ministros del dios Apis: verdad es que Moyses no era sacerdote , y su autoridad podia ser recusable; pero Aáron su hermano, era tambien pontífice, y él y sus levitas gozaban de los diezmos. Y como los papas que tanto detestan á los judios, son incontestablemente los sucesores del judio Aàron; Inocencio II pidió al Espíritu santo que declarase en el Concilio de Latran, en 1139 que los diezmos son de derecho divino. El espíritu Santo que tanto se interesa por el bien estar de los eclesiásticos, no solamente accedió á la demanda sino que hizo aun mas de lo que se le pedia; pues declaró que los eclesiásticos no solo eran dueños de los

diezmos, sino que los legos que poseyesen diezmos serian escomulgados *plenitudine juris.*

A este derecho de diezmos se agregó el derecho de anatas, el derecho de indulgencias, y el derecho de las dispensas. Juan XXII añadió á todos estos el derecho de crimen. Un lego podia por cuatro pesetas acostarse con su madre, ó con su hermana: el padre con la hija, el hermano con la hermana pagaban la cosa mas cara; pero podian holgarse cristianamente contribuyendo con diez y ocho pesetas al Santo Padre. Un diácono podia asesinar por doce pesetas. Un Obispo y abad como mas rico, no tenian el derecho de hacer dar de puñaladas, sino contribuian con una cantidad de trescientas pesetas. Por algun dinero podia cualquier hacer un monstruito á una cabra, y ganar su vida honradamente haciéndolo ver por el mundo. Porque se pagaba anticipado y se iba á pecar despues. Joinville habla de una indulgencia

que disfrutaba el cardenal de Lorena, la que le perdonaba anticipadamente á él y á doce personas mas de la comitiva tres pecados á su eleccion.

Para poder cobrar y percibir sin ruido estos impuestos, era indispensable que la sumision de los espíritus llegase hasta al estremo de la ceguedad; y efectivamente fué asi; pues no habia siquiera uno quien dudase que el Papa tenia las llaves del paraiso, (cosa que creen muchos fanáticos todavia,) idea à la verdad ridícula y dificil de esplicar; porque por paraiso se entiende el cielo y ni las estrellas fijas, ni los planetes son el cielo. Y si por cielo se quiere dar à entender el espacio en que dan vueltas aquellos globos, es otro disparate, porque, en donde no hay nada sólido, no puede haber puertas, y por consiguiente ni llaves tampoco. Si se supone un paraiso material, situado no se sabe donde, es tambien otro disparate, porque las almas no necesitan que se las

abra la puerta, pues podrian colar perfectamente por el agugero de la cerradura. Con todo esto son estas dichosas llaves con que se ha manejado al género humano y se le ha llevado como por las narices.

Lo cierto es, que entre tanto que se gobernaba asi la canalla, y que sacaba el dinero con palabrillas y sofismas de esta jaez, se trabajaba con ardor en minar la autoridad de los soberanos, y en estender la papal en todo el mundo cristiano.

Hildebrando, nacido en la clase mas vil y elevado al Pontificado por sus intrigas y manejos como acostumbran los otros; este Hildebrando conocido bajo el nombre de Gregorio VII arrebató la ciudad de Roma á los Emperadores de Occidente. Entonces fué cuando se abrogó esclusivamente el título de Papa, de que participaban antes todos los Obispos, y se hizo primer Pontífice soberano. Para poderse sostener, suscitó re-

vueltas é insurrecciones en todas partes, y llegó á abrasar toda la Europa en el fuego de la discordia. Al lado de Matilde por la noche, haciendo bajar á Dios por la mañana, y batiéndose por la tarde se comparaba á Booz acostándose con Ruth, á Moyses viendo al Señor, hablándole y tocándole en la zarza encendida, á San Pedro cortando la oreja del pobre Malco; y fué tal la semejanza que se le encontró con estos tres hombres divinos, que Benedicto XIII lo hizo santo de su cuño, y compuso un rezo particular de Hildebrando conocido despues por San Gregorio. ¡Qué lástima es que Caco (ladron el mas famoso) hubiese sido lego! quizá hubiéramos tenido en el breviario un rezo de San Caco.

A la verdad es mucho haber llegado á ser soberano é igual á sus antiguos señores; mas el lugarteniente de Dios podia dejar de indignarse de esta igualdad! Los primeros Papas se prosternaban delante de los emperadores, y Adriano I

llegó á ecsigir que estos le besasen los pies al tiempo de presentárseles. Este acto era bajo y humillante; pero se pretendia que era no mas que una simple ceremonia. Parece increible; pero el representante de aquél Dios tan pobre y humilde (segun ellos) no se contentó con ser soberano y hacerse besar los pies, sino que continuó con su insaciable ambicion y orgullo, lo que era marchar *ordine inverso* de su primitivo gefe.

Mas, ¿porqué nos ha de parecer chocante la ambicion de los Papas, ni estraño el que sean soberanos? ¿No han estado gobernados los Japoneses por espacio de mil y ochocientos años por su Dairis ó Pontífice? ¿No han reinado los Brachmanes en la India, en nombre de su Dios Brama? ¿Numa Pompilio que tenia conferencias con la ninfa Egeria, y que no hablaba sino de parte de los Dioses, no era pontífice y rey? ¿Los Druidas no gobernaron á los Celtas? ¿Mahoma y los Califas sus sucesores no han sometido y

gobernado una gran parte de la tierra? ¿En el dia de hoy no es el Rey de Inglaterra gefe de la iglesia Anglicana? Dirán algunos que todos estos son paganos ó hereges, y que el Papa no debe sacar ejemplo de estas gentes; pero, á fé mia, puedo asegurar que los ejemplos los toman ellos de cualquiera, sea quien fuere con tal que les convenga seguirlos. Los que hallen este estraño, congratúlense mas bien, de que la teócracia no sea universal, porque los hombres son tan fáciles de persuadir, y de dejarse llevar, ¡ tan bestias cuando se les habla en nombre de Dios!

Están los Papas tan convencidos de esta verdad que como dueños del espíritu de los pueblos no han tenido la mas leve dificultad de hablar á los soberanos el lenguage del diablo á N. N. *hæc omnia tibi dabo si cadens adoraveris me;* te entregaré todos mis vasallos atados de pies y de manos, si te humillares delante de mí. No es muy noble para ellos el

usar el lenguage del Diablo; pero ¿qué importa, (dicen ellos) con tal que los soberanos obedezcan? Hágase el milagro, mas que lo haga el Diablo.

Y sino, si se resisten, se declara su reino en entredicho; y á sus pueblos absueltos y libres del juramento de fidelidad; suscitan luego la guerra civil, y si no basta todo esto, hay puñales... ¡bárbaros! que merecerian clavarlos en sus pechos.

La escomunion ha sido una de las armas de la que han pretendido valerse bastante. Desde Felipe I hasta Luis VIII no hay un rey de Francia que no haya sido escomulgado: y lo mismo ha sucedido á los emperadores desde Enrique IV hasta Luis de Baviera. La fulminacion papal ha caido sobre muchos reyes de Inglaterra; y aunque ella por sí misma no es nada, lo es todo cuando los subditos son fanáticos é ilusos. Acordémonos de aquel rey de Francia que se casó con su prima con la correspondiente dis-

pensa del mercader de dispensas. La inclinacion y bien del estado asi lo ecsigian: sin embargo Gregorio V se atrevió á imponer al Rey una penitencia de siete años, le obligó á abandonar á su muger embarazada, y escomulgó á los obispos que habian echado la bendicion á este matrimonio, ó que habian asistido á él. Toda la Francia se estuvo callada, y abandonó cobardemente á su gefe y rey; tres criados solamente se mantuvieron fieles; pero le suministraban el alimento poniéndolo en la punta de un palo largo, y purificaban por medio del fuego todo lo que habia tocado.

Su muger atormentada en el tiempo de su embarazo por el miedo del infierno que le hician ver á sus pies, dió á luz un monstruo; pues tuvieron la crueldad de presentárselo á su madre en un plato, y quizás manifestaron que habia parido un demonio, cuando los trastornos, las amenazas y sentimientos que la habian dado, la habian hecho abortar.

En virtud de la escomunion Raymundo de Tolosa fué despojado de sus bienes en el Concilio de Latran de 1815 Inocencio III abusando del Espíritu Santo, trató con la ignominia mas escandalosa al desgraciado á quien se lo habia quitado todo.

En 1245, en el concilio de Leon, Inocencio IV escomulgó al emperador Federico II y le depuso con interdiccion del fuego y del agua. En el concilio de 1179 Alejandro dió la precedencia sobre los obispos á los cardenales, que no eran cosa ninguna en la gerarquía eclesiática: y en el concilio de Leon les dió Inocencio IV el sombrero encarnado, en señal del esterminio que se proponia, y á que debian contra el Emperador. Efectivamente consiguió su intento, y esta guerra trajo la destruccion de la casa de Suarave, y treinta años de anarquía en Alemania.

Cuando se lleva la insolencia hasta un estremo semejante ¿es de estrañar que ella misma se decore con una triple corona,

y que se declare descaradamente superior á los reyes?

Sin embargo estos mismos pontífices que hollaban asi á los soberanos, no eran felices constantemente. Todos los que podian asalariar una faccion pretendian ser Papas. En varias épocas hubo hasta tres en un mismo tiempo, y si escribiese yo la historia, refiriria la de veinte guerras de Papas contra Papas, y de Obispos contra Obispos; y pondria á la vista los crímines con que los pretendientes se habian libertado de sus competidores. ¡O Jesus! Jesus! ¿para qué naciste? ¿por ventura fué para que se hiciese de tu cadaver un vampiro insaciable de sangre humana?

Como habia gentes á quienes no persuadia la escomunion, y que hablaban, fué necesario buscar un santo arbitrio para hacerles callar. A este fin se inventó la santa Inquisicion.

¡Tribunal horrible! cuantos millares de almas han sido sacrificadas bárbaramente en tu seno. Paramo hace cuenta

ecsacta de los que la Santa Inquisicion habia hecho quemar en 1589 y confiesa, con mucho disgusto suyo, que aun no habian llegado á ciento y diez mil. ¡ Qué piadoso es el tal Pàramo!

Este santo tribunal ha estendido su jurisdiccion sobre todo lo que es del resorte del espíritu humano, y asi es que se metió hasta en las materias de astronomia. Pareceria imposible sino lo hubiéramos tocado, que se hubieran podido encontrar heregías hasta en los cálculos que se hacen sobre el curso y movimiento de los astros; pues se encontraron, lo mismo que las encontrarán en todo lo que quieran. La Inquisicion hechó la garra á Galileo porque probó que el sol está fijo, y que los planetas giran al rededor de él. Lo cierto es que Galileo fue puesto á pan y agua, se le hizo rezar, como es de razon, su santo rosario todos los dias; y si el Gran Duque de Toscana no hubiese hecho el mayor empeño en protegerlo, hubiera

sido quemado por haber tenido razon; pues que (segun aquel santo tribunal) lo mismo era tener razon que ser herege.

Es menester confesar que la Inquisicion se habria relajado mucho mas en su crueldad en estos últimos tiempos á proporcion que habian adelantado en ambicion y despotismo sus viles verdugos; sino hubieran sido los demostradores de la verdad, de la razon y de los principios naturales. Sí, gracias á los llamados filósofos, á estos hombres á quienes se les calumnia tanto, y á quienes se les pinta á la vista de la canalla como los perturbadores de la sociedad. Pero no es tarde, y si agraciadamente los acontecimientos corresponden á las intenciones, ya, ya... ya mearán sangre todos los que han tenido la osadía y desfachatez de ultrajar su razon y calumniar sus principios.

Pero adelante, demos un paso mas, y aguardemos la nuestra; pues largo es el trecho que debemos correr, y el tiempo no nos sobra. Habiendo llegado los

Papas á establecer su imperio sobre la cristiandad entera, quisieron estender la cristiandad sobre la tierra; que era el único medio que tenian de hacerse besar los pies por los príncipes que no gozaban de la dicha de creer en Dios Jesus. A este fin predicaron las cruzadas, y los cristianos (ó por mejor decir los animales) partian á bandadas para hacerse matar ó morir de la peste en Syria, en Egipto y en Palestina. Estos seres sin mas juicio que los papagayos, antes de partir daban todos sus bienes á los frayles; y unos y otros hacian de este modo su negocio.

Muy fácil era, de la costumbre de las cruzadas contra los infieles, pasar á las cruzadas contra los hereges. Un príncipe que caia en desgracia del Papa era un herege, pues nada hay mas fácil de probar que una heregía. Cuando trataban de perder un príncipe, le hacian pasar por herege; y luego se sublevaban contra él aquellos que tenian la esperanza de atrapar sus estados, y aquellos á quienes es-

presamente se lo permitian. Degollaban á sus súbditos; y los fieles que caian en la egecucion de estas santas operaciones, los cargaban de indulgencias, bulas y cruces que son las mayores riquezas para el otro mundo.

Cuando un príncipe herege se defendia con vigor, se reanimaba el valor de los agresores, trayéndoles á la memoria el ejemplo de San Cirilo, quien solo con sus monges emprendió una sublevacion en Alejandría que debia empezar por el asesinato de Orestes, gobernador de la Ciudad. Cuando el Príncipe estaba ya vencido, se escitaba á los vencedores á no dar cuartel á nadie, á ejemplo del mismismo S. Cirilo, que degolló á la hermosa, á la sabia y virtuosa Hypatia, que hizo su cuerpo pedazos y los arrastró por medio de las calles. Nuestros soldados cristianos pasando mas adelante que S. Cirilo, antes de acuchillar á una hembra bonita, se tomaban el trabajo de violarla.

Para esto se servian con grande utili-

dad de aquel pasage del Génesis. *Cuando el Señor os haya entregado las naciones, degolladlo todo sin perdonar á un solo hombre, y no tengais lástima de nadie.* Sucedió pues que una noche, víspera del dia de S. Bartolomé entregó el Señor los Calvinistas de Paris, á sus hermanos los católicos que siguieron al pie de la letra el precepto del Génesis. Degolláronles bárbaramente á todos, y en conmemoracion de esta hermosa noche, mandó el Papa que hubiese en Roma iluminaciones, fuegos artificiales y regocijos públicos.

Encontró un Genoves un nuevo mundo, descubrimiento á la verdad tan funesto á sus habitantes, como á sus conquistadores. Desde entonces el cielo ya no fué de cristal, (como suponian ellos) y á riesgo de no saber en donde colocar el Paraiso, convino el Papa, en que los cielos daban vuelta á la tierra: pero he aqui el argumento que hizo: Yo tengo las llaves del cielo, esté donde estuviese; es asi que el cielo rodea la tierra y seria un absurdo

pensar que yo soy dueño del continente sin serlo del contenido; luego yo soy dueño del nuevo mundo.

No pareciendo bastante convincente esta lógica, añadió el Papa: San Agustin dice: (carta 153) el mundo entero pertenece à los fieles, y los infieles no poseen nada legítimamente, esasi que yo soy fiel. Tambien lo somos, respondieron los demas. Pues bien replicó el Papa, vms. tendràn la tierra y yo los frutos, porque San Agustin dice, (carta 93) todo pertenece por derecho divino al justo segun el pasage del salmo; *el justo comerá el fruto del trabajo del impío.* Es asi que vosotros sois los fieles, pero no los justos que lo soy yo, pues que os absuelvo de los pecados y os echo todos los dias la bendicion; luego yo debo comerme el fruto del trabajo de vosotros.

La disputa se hacia cada dia mas acalorada. El rey y la reina de España no querian conquistar para el Papa, y estaban ya para renunciar à la empresa. Intentó

éste limitar ó mas bien coartar à los pobres Peruanos bajo el ejercicio de la potestad espiritual; á cuyo efecto cargó los navíos españoles de inquisidores y misioneros. Estos (y demas habitantes de la América) inquisidores y misioneros se dieron tan buena traza, que en el espacio de muy pocos años desaparacieron de la tierra doce millones de hombres; y à lo que el Señor debió quedar muy satisfecho de una conducta tan conforme à sus principios, porque el Señor dice: gobernaràs à todas las naciones que nos sometas con una vara de hierro; las romperás como el alfaherero hace con un tiesto.

Dios tu desbaratarás los dientes de ellos dentro de su boca: harás polvo de sus muelas. Se desharán como el agua, porque ha tendido su arco para echarlos abajo. Serán tragados vivos en el furor de su cólera, antes de aguardar á que las espinas sean tan altas como un ciruelo. (Salmo 57.)

Las naciones vendrán al anochecer,

hambrientos como perros, y tu Señor, te mofarás de ellos, y los reducirás á la nada (Salmo 136.)

El estilo del Rey profeta nada tiene de brillante, ni pio; pero es ejecutivo.

Entretanto que los misioneros y los inquisidores trabajaban en grande en América, los Jesuitas siempre empeñados en echar la zancadilla á las demas compañías monacales, emprendieron ir à convertir la China y el Japon.

Los Jesuitas tenian ingenio, conocimientos y sabian introducirse; y asi fué que llegaron à merecer la confianza y el favor del emperador de la China. Segun acostumbran (porqne es característico de todas las coronas) abusaron de este favor, sirviéndose de él para escitar crueles divisiones en la familia imperial. Habian ya convertido à tres príncipes que trataban de sustraerse á la obediencia de su padre, y tenian ademas muchos prosélitos hechos en el pueblo. El Emperador rezeló y empezó à tener alborotos y revueltas

en su reino, que habia gozado de la mayor tranquilidad antes que Dios-Jesus y sus sacerdotes hubiesen penetrado en él, y tuvo la firmeza de echarlos de allí; al mismo tiempo que la urbanidad de guardar con ellos todos los posibles miramientos.

Esta moderacion del emperador Yontchin es tanto mas notable, cuanto que no ignoraba que otros Jesuitas fieles al *compelle intrare*, habian hecho en el Japon lo que estos se proponian verosimilmente hacer en la China.

Habia en el Japon doce sectas que vivian en la mas perfeta union, y el cristianismo anduvo allí á formar la decimatercera.

Pero no se pasó mucho tiempo sin que los cristianos intentasen dominar en el Japon como en todas partes. Tuvieron algunos altercados con un grande del estado, y este les humilló. Como no eran alli muy fuertes, pidieron perdon, y quedaron perdonados.

La venganza es el placer de los dioses, y los representantes de los dioses aman tambien la venganza: fué pues que nuestros misioneros conspiraron contra el gobierno.

Sucedió que los holandeses apresaron un barco español, y en la correspondencia encontraron cartas del consul que tenia España en el Japon, en las que no pedia mas que algunos buques para apoderarse del pais.

Los holandeses presentaron estas cartas á sus competentes magistrados. El cónsul fué preso, se le formó causa, y fue condenado á ser quemado vivo.

Quisieron los discípulos de los Jesuitas vengar á su hermano. Tomaron las armas hasta en número de treinta mil, y se siguió una espantosa guerra civil que duró hasta tanto que se dió fin al último cristiano.

Era tan hermoso y tan recomendable en aquel tiempo el título de cristiano, que hacian los mayores sacrificios para con-

seguirlo. Pero si se quiere que dure el cristianismo es preciso que se trate de derramar menos sangre; porque es tanta la que se ha derramado y derrama en nombre de cristiano, religion, fé, altar, etc., que si no se pone un término, ¡adios género humano!!!... Un sabio, que habia leido mucho, y tenia grande talento y retentiva, hizo la cuenta de los que habian muerto por la honra y gloria de Dios, y saca la suma de nueve millones, setecientos diez y ocho mil ochocientos; y esto reduciendo á veces la tercera parte, otras la mitad, y muchas veces dos terceras partes de las relaciones de los historiadores, que podian haberlo ecsagerado. Veamos pues el resumen de esta cuenta.

En el año 151 Novaciano le disputaba el papado al presbítero Cornelio. Al mismo tiempo Cipriano y otro clérigo llamado Novato, que habia muerto á su muger, dándole patadas en el vientre, se disputaban el obispado de Cartágo. Se batieron los cristianos de los cuatro par-

tidos, y despues de algunos debates, reduce á doscientos el número de muertos, que creo es el menor posible.

En el año de 113 asesinaron los cristianos al hijo del emperador Galerio; asesinaron tambien á un niño de ocho años, hijo del emperador Maximiano; á otra hija del mismo emperador, de edad de siete años; la emperatriz su madre fue arrancada de su palacio y arrastrada con sus mugeres por las calles de Antioquía; y la emperatriz, sus hijos y sus mugeres fueron arrojados al Oronte. No es posible ahogar á toda una familia imperial, sin acabar antes con algunos de sus subditos fieles, y sin que estos á su vez acaben tambien con algunos asesinos de la canalla perturbadora; y entre unos y otros calcula el sabio por el mas bajo el número de doscientos muertos.

Durante el cisma de los Donatistas en Africa, fué grande el número de personas que murieron á mazazos ó garrotazos, porque SS. II. los señores obispos pro-

hibieron que se matase con espada ó cuchillo, á causa de que la Iglesia abomina el derramamiento de sangre. Con que concretando este al menor número que se puede, cuenta cuatrocientas personas muertas.

El negocio de la consubstancialidad encendió el fuego en varias ocasiones en en el imperio, y desoló por espacio de cuatrocientos años provincias devastadas antes por los Godos, los Burguiñones y los Vándalos. En su consecuencia cuenta trescientas mil personas degolladas, á la proporcion de trescientos ó cuatrocientos por año que es el menor número posible.

Los debates de los Iconoclastas con los Iconolatras, no han costado menos ciertamente segun el resumen del sabio de sesenta mil almas.

La Emperatriz Theodora, viuda de Teofilo hizo morir en 835 cien mil Maniqueos. Este fué el cumplimiento de una penitencia que le habia impuesto su confesor, porque de resultas de una con-

mocion, no se habian ahorcado, empalado, ni ahogado mas que á veinte mil.

En las veinte guerras de Papas contra Papas, de Obispos, contra Obispos, no cuenta mas que veinte mil muertos; lo que es poquísimo.

La mayor parte de los historiadores están conformes en que la locura de las cruzadas costaron la vida á dos millones de hombres. Reduciéndolos á la mitad, y no haciendo mencion de los musulmanes muertos á manos de los cristianos, cuenta un millon los que murieron.

La cruzada de los monges caballeros porta-espadas que desolaron todas las orillas del Báltico, quitó de en medio alomenos á cien mil personas.

Los que perecieron en la cruzada contra Languedoc, cubiertos durante mucho tiempo de cenizas de las hogueras, las pone en igual número de cien mil.

Por las cruzadas contra los Emperadores desde Gregorio VII no cuenta mas que trescientos mil.

En el siglo XIV el gran cisma de Oriente cubrió de cádaveres á toda la Europa. Pues reduce á cincuenta mil el número de las víctimas de la *rabia papal.*

El suplicio de Juan Hús y Geronimo de Praga hizo mucho honor al emperador Sigismundo; pero dicho suplicio causó la guerra de los Husítas durante la cual puede contarse por lo menos ciento y cincuenta mil muertos.

Respecto de estos son una niñeria las matanzas de Merindol y de Cabrieres, en las que abrasaron veinte y dos grandes barrios; los niños de teta hechados á las llamas; vírgenes violadas y descuartizadas despues: viejas que ya no eran buenas para nada á quienes se las hacia saltar con pólvora metida en los dos orificios, maridos, padres, hijos y hermanos tratados igualmente; pues todo lo reduce á diez y ocho mil.

La Europa ardiendo siempre desde Leon X, hasta Clemente IX; la leña muy cara en muchas provincias á causa de su

consumo en las hogueras; la sangre derramada en todas partes á arroyos; los verdugos fatigados en Flandes, en Holanda, en Alemania, en Francia y aun en Inglaterra; en san Bartolomé las matanzas de los de Vaud, Cevennes, Irlanda, ecseden mucho; pero la computa el sabio en dos millones.

Está casi demostrado que la Inquisicion solamente ha hecho quemar mas de cuatro cientos mil individuos, cuyo número los reduce á la mitad equivalente á dos cientos mil.

El Obispo español Las-Casas testigo ocular, testifica que fueron inmolados á Jesus doce millones de naturales del nuevo mundo, cuyo número reduce el sabio á cinco millones.

Con la misma economía reduce el número de los muertos durante la guerra civil de Japon, los que de cuatrociertos mil á que ascendian, los rebaja á trescientos mil.

Cuyo número total compone: nueve

millones setecientos diez y ocho mil ochocientos. ¡Que horror! ¡Que barbaridad! ¿Que hombre sensible á las desgracias de sus consemblantes, podrá continuar escenas tan tristes y horribles? ¿Quién sino un corazon empedernido y bronceado como los viles ejecutores de tan atroces atentados, podrá seguir el hilo de la narracion? Ciertamente mis nervios convulsan.... Mi corazon estremece.... ¡Dias luctuosos! ¡Dias de triste y aciaga memoria! Víctimas inocentes, recibid el tributo de mi sensibilidad patriótica en la interrupcion misma de mi discurso..... Necesito de reposo y de nuevo aliento para acercarme á la sangre inocente.... Por fin al cabo de algunos ratos de decaimiento y energía; al cabo de una lucha en que la indignacion y la ternura se han disputado una victoria muy alternada sobre mi alma tan sensible como española; he podido alcanzar de la filosofia un esfuerzo necesario para continuar mi relacion.

¡Ah ministros eclesiásticos! ¡Ah cris-

tianos, pero mas bien verdugos de la especie humana! ¿Con qué escusareis vuestra indolencia? ¿Con qué respondereis al tribunal de la justicia, á la nacion y á vosotros mismos de la perfidia, y barbaridad con que á cara descubierta marchabais á inmolar las víctimas que solo vuestro capricho desordenado codiciaba? ¿Qué descargo dareis de tanta sangre como habeis derramado? Ciertamente ninguno. La culpa os sofoca; el delito os perturba; el remordimiento os enmudece.

¡Ah si animarse y alzarse pudiesen de sus tumbas los millares de víctimas que habeis sacrificado! ¡Ah si pudiesen responder de los ultrajes y mutilaciones con que les arrancasteis bárbaramente su preciosa vida, solo por la firmeza y constancia con que sostuvieron los principios naturales! ¡Cosa cruel y horrible! Verse sentenciado á muerte por la facultad de pensar..... Que habia de ser de sus demas propiedades si asi les quitaban la mas sagrada... Privar la facultad de pensar; obli-

gar el modo de obrar; trazar y aun forzar el derecho de elegir.... cuando todas estas facultades son principios instintivos y naturales dependientes solamente del individuo.... ¡Que despotismo! ¡Que intrusidad!

Mas porqué molestarnos en aducir pruebas sobre este punto, cuando no se hallará siquiera uno que no haya esperimentado el rigor de estos males. Con lo dicho hasta aqui sobradamente queda justificada la segunda cuestion propuesta; es decir en conclusion, que en todos tiempos han sido funestos los resultados que ha causado á las naciones la influencia del clero en el gobierno.

¿Y qué diremos ahora del clero de nuestros dias? La razon parece convincente: quien tuvo un buen maestro, facilmente puede salir perfecto discípulo. Y efectivamente es asi. Nuestro clero llevando tan buenas lecciones de sus predecesores, todavía se ha remontado algo mas, y.... hete aqui el *super omnia* de la tierra.

Es necesario atender que algunos de los primeros sacerdotes de la religion cristiana se contentaban de las ofrendas que llevaban los cristianos en el templo; vivian pacíficos, pobres y humildes; pero á medida que han transcurrido tiempos, han adulterado indeciblemente sus principios é institutos, y hé aquí los de nuestros dias transformados en incendiarios de guerras, en ricos y poderosos con esceso, y en soberbios sin freno. Si en aquellos tiempos se contentaban con un rústico sayal, un báculo y unas groseras sandálias, ahora les es poco un vestido traido de lo estranjero, ó lo mas fino de la nacion y unos adornos magníficos. Si á aquellos les era suficiente para vivir unas cuantas frutas y un madrugo de pan negro y seco, ahora los condimentos venidos de la rica América apenas pueden despertar el apetito de sus estómagos embotados por la reiteracion de los mismos condimentos. Todas las conveniencias apetecen y todas las logran. Asi es que algunos años antes

nuestros provinciales hacian la visita á pié, ó sobre una miserable mula; comian en el refetorio con sus frailes etc. Degeneramos de esta sobriedad poco á poco, y la mula se convirtió en calesa, y la calesa en coche y cocheros. Lo mismo sucedió con la mesa y restante trato; de manera que ya el empleo de provincial, aun de la provincia mas pobre, equivale á un obispado pingue sin obligaciones ni pensiones. Por supuesto, necesitaba esto un eficaz remedio, y el vicario general en vez de ponérselo, ha agravado el mal; pues á los coches y lujo de los provinciales ha añadido un poco de palacio, lacayos y gente de servicio. Juzgue ahora cada uno, si sacará mucho fruto de nosotros, cuando nos predique la pobreza evangélica un general cercado de todo el lujo y fausto del siglo; pues á nadie le cabe en la cabeza.... un mendicante, con coche lacayo y palacio.

Todas estas comodidades han fomentado mas los vicios tan peculiares de su

naturaleza; y de ahí la obecidad, la torpeza de espíritu, la poca agilidad, la inflamacion de la sangre al menor estímulo, la afeminacion, la propension al coito, los eruptos, las ventuocidades y la gota.

Si sus predecesores se contentaban con poco, ellos no estan contentos con mucho. Diríjase la vista à sus elegantes edificios y amenas quintas, que quedarémos sorprendidos de tanta pompa y fausto, siendo esta sin duda la fuente de su soberanía.

A mas de que, unos hombres sin ejercicio corporal, que no gastan ni cansan las fibras de que se compone su máquina, que sus humores no pueden espelerse por ningun emoltorio, que su sangre queda en el diàmetro de las venas y artérias inflamada é irritante que sucede otro tanto con la linfa crasa y provista tambien de partecillas estimulantes etc. es indispensable que busquen por dó descartarse de lo sobre abundante; asi es que por mil medios inícitos copulan ó espelen lo mas

craso y espeso de sus humores; buscan por todas partes donde depositarlo y en la muger encuentran su receptáculo á pesar de las riñas que siempre han causado.

A la verdad es asi, y lo que es mas que bajo lo andrajoso de su risible vestido se oculta la maldad mas aguda. Sus hábitos ponen á muchos tunantes á salvo de toda pesquiza y ultraje; pues que el hombre que se cubre con ellos puede ser pícaro sin crítica, gloton sin reparo, delincuente sin castigo, venereo sin conciencia, prodigo, egoista, mal ciudadano, ingrato é independiente de toda ley.

Nos predican la devocion, y ellos se burlan de los misterios sagrados; nos amonestan la paz, y ellos atizan á la discordia y fomentan la guerra; nos invitan á la abstinencia y á la mortificacion, y sus ollas despiden el grato oler de la gallina, de la perdiz, de la becada y de la aroma de buena salsa; nos dicen que la mortificacion de la carne es un artículo para ganar el cielo, y sus cuerpos estan sumer-

gidos en el deleite y en la conveniencia; nos prohiben la mezcla de manjares, y sin reserva no dejan de introducir en sus estómagos al mismo tiempo la fresca merluza (pescado) y la jóven gallina.

Tal es la vida amplia y licenciosa que tienen los sacerdotes de nuestros dias.

FIN.